MASTER
NEGATIVE
NO. 93-81160-3

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

LAGARRIGUE, JUAN ENRIQUE

TITLE:

CARTA AL SACERDOTE FRANCES

PLACE:

SANTIAGO DE CHILE

DATE:

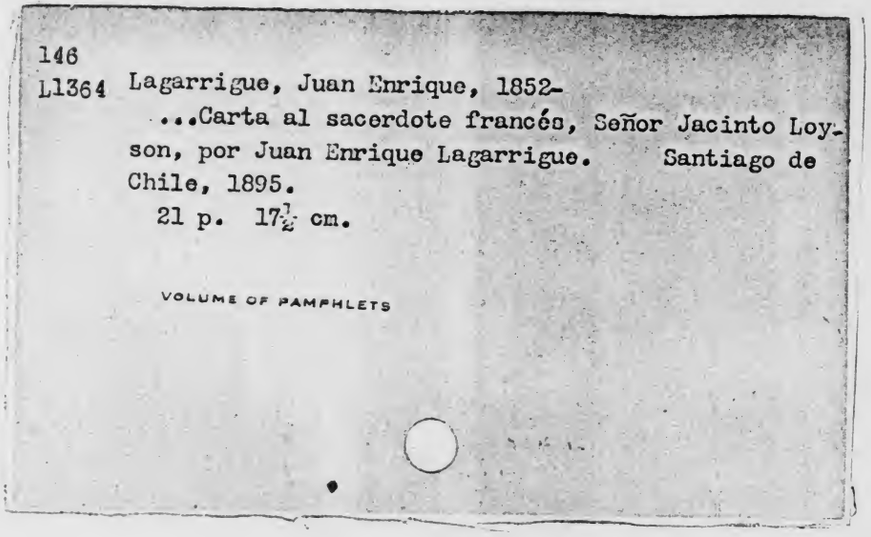
1895

Master Negative #
93-8160-3

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record



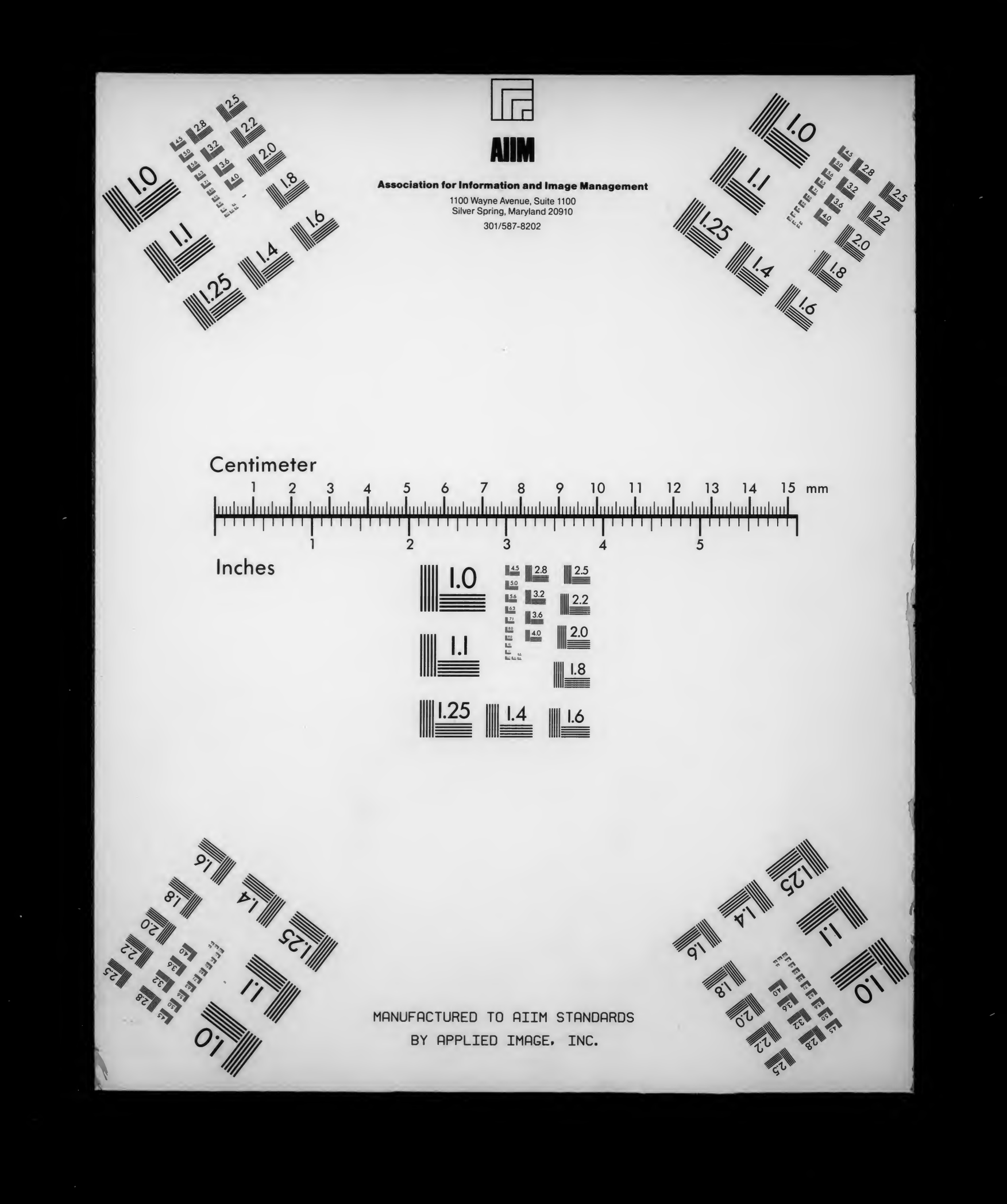
146
L1364 Lagarrigue, Juan Enrique, 1852-
...Carta al sacerdote francés, Señor Jacinto Loyson, por Juan Enrique Lagarrigue. Santiago de Chile, 1895.
21 p. 17½ cm.

VOLUME OF PAMPHLETS

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11X
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 3/8/93 INITIALS JAMES
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT


AIIM
Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202
Centimeter
Inches
MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

no. 3

CARTA AL SEÑOR JACINTO LOYSON

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Orden y progreso

Vivir para los demás. *Vivir á las claras*

CARTA

AL SACERDOTE FRANCÉS

SEÑOR JACINTO LOYSON

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

SANTIAGO DE CHILE

—

1895

Año 107° de la Gran Crisis

31-14151

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y LIBRERIA ERCILLA
Bandera, 21-K.
1895

CARTA

AL SEÑOR JACINTO LOYSON

Señor de mi estimación:

Acabo de recibir, en Santiago de Chile, vuestra carta de Neuilly (cerca de París) fechada el 18 de julio de este año. Me permito contestaros públicamente, y creo que no lo extrañaréis, por tratarse de la Religión, asunto trascendental que tiene innegable y apremiante actualidad. Se necesita, en efecto, urgentemente, y ya lo reconocen muchos que antes lo desconocían, de un gran poder

moral que, con fe demostrable, regularice á toda la sociedad que vive ahora en el caos más completo.

Hace diez años que os escribí mi primera carta en respuesta á la en que me acusabais recibo de mi libro sobre la Religión de la Humanidad. Os llamaba entonces á que consagrarais vuestros esfuerzos al servicio de esta causa suprema. Me replicasteis simpatizando altamente con élla, pero sin querer desprenderos del sobrenaturalismo que considerabais indispensable para cimentar la Religión. En mi segunda carta, me empeñé en disuadiros de ese concepto erróneo que esteriliza socialmente vuestra labor. Pero esta vez dejasteis de escribirme, hasta que lo hicisteis con motivo de mi discurso en la muerte del ilustre chileno Miguel Luis Amunátegui, que me parecía apto, por la índole de su alma para haber sido un servidor de la Religión de la Humanidad, si hubiera vivido más tarde y llegado á conocerla de joven. Volví á pediros que vinierais á colaborar en el Positivismo. Tras largo silencio, he recibido en fin la carta á que contesto, en la cual me hablais de mi folleto *La Propiedad literaria,* cuestión que examino desde el seno de la Religión Universal.

Me decís que os fijasteis en la consoladora profecía que allí hago, en conformidad con la doctrina altruista, de que llegará un día en que han de fraternizar los dos sexos, el patriciado y el proletariado y el conjunto de los pueblos en el amor y en el servicio de la Humanidad. Y luego proseguís así: «Lo espero como vos y añado que el generoso positivismo que profesais no dejará de haber contribuido á ello.» Pero inmediatamente viene á turbaros el sobrenaturalismo que os impide alcanzar la plenitud de la fe religiosa. De ahí que deploreis que nuestra doctrina no se incorpore ese sobrenaturalismo á que permaneceis tan apegado y sin el cual era de creerse que no os resignaríais á vivir siquiera. ¿Cómo

una persona de vuestra clara mente y del espíritu social que os anima, no logra convencerse y persuadirse de que la Religión sólo puede consolidarse y eternizarse ahora cimentándose en la Humanidad sin mezcla teológica alguna? Hago votos por que experimenteis un feliz arranque de santa virilidad, y que libre, una vez por todas, de las trabas sobrenaturales que os paralizan, sepais elevaros á la fe altruista para cumplir la verdadera misión religiosa que os corresponde en medio de la gran nación francesa.

He sabido que manifestasteis últimamente en uno de vuestros discursos el anhelo de ver unidos á los cristianos y á los mahometanos con el monoteismo que unos y otros profesan. Noble aspiración la vuestra, pero errado el camino para satisfacerla. El monoteismo occidental de San Pablo y el monoteismo oriental de Mahoma no son fundibles, porque suponen revelaciones distintas é inconciliables. Cada cual tendió por su

parte á la dominación universal, y después de larga lucha se neutralizaron mútuamente, quedaron confinados en territorios circunscritos, y comenzó aún la respectiva decadencia interna de ambos. Al presente los dos carecen de vitalidad social y moral á causa de la irresistible evolución del espíritu humano que ha deshecho al sobrenaturalismo. Una nueva revelación teológica es imposible, y Dios sin revelación no tiene ninguna eficacia directiva, es un concepto muerto, como lo muestra demasiado el infecundo deismo metafísico.

Nos explicamos ahora positivamente que San Pablo y Mahoma se imaginaran con perfecta sinceridad recibir inspiraciones divinas. Aunque de distintos tiempos, ambos vivieron en medio de una atmósfera mental teológica y suponiendo naturalmente efectivo el orden sobrenatural. En virtud de eso, el esfuerzo de alma inmenso combinado de grandes emociones, que exigía la elabo-

ración de sus doctrinas religiosas, los hizo creerse teológicamente mandados en la sublime tarea que cada uno de ellos realizaba. Sintiéndose arrastrados de un modo incontrastable á su alta misión, no pensaban obrar por sí mismos, sino á impulsos expresos de Dios y llegaron á tener alucinaciones que tomaban por hechos, sin perder no obstante su equilibrio cerebral, pues ese equilibrio es relativo al estado intelectual de la situación en que se vive. Fueron ellos, en verdad, en sus respectivos monoteimos, los dos órganos más excelsos de la preparación del Occidente y del Oriente para la Religión de la Humanidad que había de fundar en nuestra época Augusto Comte bajo la inspiración de su Clotilde, modelo incomparable de la verdadera grandeza femenina. Con esta doctrina final ha de efectuarse la unión de los cristianos y de los mahometanos que tanto deseais. Si el amor á Dios los tiene separados, el amor á la Humanidad los jun-

tará para siempre. Ese es el verdadero rumbo de la concordia universal de que participarán también ciertamente los politeistas y los fetichistas. Para todas las almas sensatas y buenas, la conversión al Positivismo es la más fácil de las conversiones. Nuestra doctrina no insulta á ninguna creencia, las respeta á todas, pero las mira como etapas diversamente transitorias para encaminarse á élla. Entrando al Positivismo de cualquiera fe que sea, no se reniega ni abomina de nada, sino que se viene á amar y servir mejor á la Humanidad.

Si abandonasteis el catolicismo de Roma, señor Loyson, por encontrarlo estrecho para la civilización actual, no os quedeis en suspenso, ni en actitud de rebelde, y subid al catolicismo de París, como puede llamarse propiamente, según nuestro Maestro, la fe altruista, entendiendo la palabra catolicismo en su puro sentido etimológico de universalidad, exento de toda idea sobrenatural.

Vos que aspirais á la unión de todos los hombres, no podeis contentaros ni con el protestantismo, ni con el libre pensamiento, esas dos jornadas indispensables de emancipación y demolición, la primera contra el catolicismo de Roma y la segunda contra el cristianismo, pero que nada orgánico han sabido construir. Las revoluciones temporales derriban gobiernos, y las espirituales, doctrina; más como la sociedad necesita de esas dos cosas, es preciso sustituir lo derribado, con nuevo gobierno ó nueva doctrina, y si nó, reviven las ruinas. Lo único verdaderamente destruido es lo que se reemplaza. Por eso el catolicismo de Roma, con ser hace tiempo una fe agotada, subsiste aún y sólo podrá desaparecer ante el catolicismo de París, es decir ante la Religión de la Humanidad. Desde fines de la Edad Media el centro espiritual del Occidente giró, de la primera de esas ciudades á la segunda, y toda la evolución moderna ha sido,

en cierto modo, dirigida por la capital de Francia. El galicanismo simbolizado en el gran Bossuet, si era en su época un error doctrinario, atestiguaba, no obstante, un vago instinto de la preeminencia religiosa de París sobre Roma. Pero esa supremacía no puede adquirirla con ninguna fe sobrenatural, sino con el Positivísmo que surgiera en hora solemne del seno de la gran ciudad como la expresión definitiva de su genio que se encarnó en Augusto Comte. "París es la Francia," ha dicho nuestro Maestro, "es el Occidente, es la Europa, es la Tierra." Con estas palabras características declaraba que todo el género humano debe ser guiado por esa ciudad inmortal.

Os agradezco el aprecio que me mostrais por Chile. Esta patria mía, que quisiera ver sin tachas, es muy laboriosa y enérgica, pero ha cometido algunas graves faltas. Como servidor de la Religión de la Humanidad, traté de impedírselas

con mis consejos, y después se las censuré para precaverla de otras. Yo no concibo el amor á la patria fomentando y adulando sus extravíos. Para mi, eso es ser mal ciudadano. Chile tarda, por otra parte, en adherir al Positivísmo que solo puede darle la verdadera grandeza. No sería justo, sin embargo, reprocharle mucho esto, porque la Francia duerme y París olvida su deber de convertirse á la fe suprema y difundirla con su lengua persuasiva que hoy consagra á mala obra. Varios franceses ilustrados han venido á Chile, pero ninguno á predicar la Religión de la Humanidad, lo que es bien deplorable. En cambio, de aquí ha ido á París un chileno, Jorge Lagarrigue, á remover á la gran ciudad de su funesto descamino y á levantarla á su misión soberana de lumbrera religiosa universal. Mi venerado é inolvidable hermano, consumió prematuramente su vida trabajando con extraordinario tesón en esa tarea sagrada. Además de su propaganda contínua en escritos impresos y en lecciones orales, sostenía una inmensa correspondencia apostólica. Y todavía hay que agregar al peso de su enorme labor sobre un organismo físico muy débil y tratado con suma austeridad, que se tuvo celos del extranjero y se le deso yó, según creo, por eso, hiriéndolo sin duda, á fondo, con semejante desamparo, en su ardiente vocación. Ahora bien, lo digo sin ánimo de ofenderos á vos ni á nadie, y sin temor de que me ciegue la parcialidad de hermano y de compatriota, ese chileno era mas verdaderamente francés que todos los franceses actuales, porque ha muerto en París batallando heróicamente por ver á esa gran ciudad de gloriosa conductora de todos los pueblos con la Religión de la Humanidad. Por lo demás, su obra, *Lettres sur le Positivisme et sur la mission religieuse de la France*, bastará por sí sóla para probar á todo lector sincero que no se puede amar mas á la Francia que lo que la ha amado

Jorge Lagarrigue. El fue apóstol desde niño hasta su muerte, sin darse un momento de reposo, ni rehuir jamás el sacrificio en su incesante ascensión al ideal.

Me congratulo sentidamente de estas palabras vuestras: «Pienso á menudo en Jorge Lagarrigue por quien tenía mucha estima y aun afecto.» Pero debo eliminar lo que decís en seguida: «Su alma, lo espero, ve ahora la verdad sin nubes.» Para nosotros los positivistas, las almas de los muertos habitan en los vivos. Mi hermano al morir entregó la suya conscientemente á la Humanidad como otros se la han entregado inconscientemente. Así, por ejemplo, San Pablo creyó irse de la Tierra y se ha quedado en élla, pensó dar su alma á Dios y la ha recibido la Humanidad. En efecto, aquí en nuestro planeta es donde ha sobrevivido con inmortalidad verdaderamente fecunda ese maravilloso apóstol. Ahora mismo existe en todos los que lo aman y veneran. En-

tre otros muchos, vos como yo, lo tenemos religiosamente albergado en nuestras almas. De la pretendida inmortalidad sobrenatural de San Pablo nada se sabe, sino que ninguna utilidad ha prestado á nuestra especie. Es su palabra humana, consignada en sus inimitables epístolas vertidas á diversas lenguas y multiplicadas al infinito por la imprenta, lo que ha santificado á tantos hasta hoy á través de las generaciones, y seguirá actuando siempre de ese modo. Ciertamente, los muertos sólo influyen sobre los vivos por el recuerdo de lo que han dicho ó hecho en la Tierra. Augusto Comte está inmortal de supremo legislador religioso en sus libros sagrados que forman á los verdaderos positivistas. De sus discípulos, creemos que el más fiel y abnegado que ha tenido es Jorge Lagarrigue, y que por eso él merecerá un puesto cerca del Maestro eterno en el seno de la Humanidad á quien tanto amó hasta su último aliento, exclamando casi

al expirar: «*¡Cuán bueno es vivir para los demás!*»

Contemplando el orden sobrenatural en su verdadero aspecto, con sano criterio sociológico, se nota que él ha emanado del seno mismo de la Humanidad como un medio indispensable para presidir nuestra evolución provisional. Los dioses y Dios dejan entonces de ser realidades sin dejar por eso de ser venerables, como nociones que han dirigido nuestro desarrollo social y moral hasta la presente época, en que la Humanidad, llegada á su madurez, entra á gobernar sin tutores ficticios, que fueron necesarios únicamente en el pasado, toda nuestra vida. El orden sobrenatural ha preparado, en verdad, al orden natural, y éste, al suceder á aquél, debe reconocerle sus servicios. Muy injusto es despreciar al cielo, al infierno y al purgatorio, aunque sean conceptos imaginarios, pues son históricamente respetables como que han concurrido á civilizarnos. De

los tres, el purgatorio, si bien el más atacado, es no obstante el que ha sido tal vez más útil á la Humanidad, porque ha hecho á los vivos acordarse más de de los muertos. Como hay educación adaptada á la infancia individual, se ha necesitado también de educación propia para la infancia social. Sabemos ahora, gracias á Augusto Comte, que los vivos son siempre y cada vez más gobernados por los muertos en el seno de la Humanidad, y nos deshacemos por eso de los andamios sobrenaturales á que hubo de recurrirse primero para levantar el difícil y grandioso edificio de la civilización.

Al principio de la solidaridad, reconocido de antiguo, el positivismo agrega hoy el principio de la continuidad, que tiene mucho mayor importancia en el orden social. La cooperación sucesiva á través del tiempo, crece sin cesar y prevalece cada vez más sobre la cooperación actual á través del espacio. Puede decirse que nunca se corta el desenvol-

vimiento del género humano, no obstante las graves y dolorosas crisis porque suele pasar. Todo esto son enfermedades á que es táfatalmente expuesto nuestro complicado organismo social, pero ellas irán desapareciendo á medida que se afirme su constitución con la doctrina normal. El más lejano porvenir será siempre la expresión fiel de la evolución continua del más remoto pasado. La Religión no es, en el fondo, sino una, y la Humanidad constituye el centro supremo hacia el cual ella ha tendido más ó menos indirectamente, bajo las diversas formas que revistiera, y adonde converge ahora, en su forma, definitiva, abiertamente, para presidir, hermanando la paz individual y la paz social, nuestro destino terrestre.

Vos, señor Loyson, habeis entrado recientemente en la ancianidad, pero conservando el vigor del alma, lo que os permite aún convertiros. Podeis pues influir, con santo espíritu paternal, en las nuevas generaciones, á fin de librarlas

de caer en la anarquía, fortaleciéndolas en el altruismo para el orden y el progreso. Os pido sólo un aumento de vuestra religiosidad. Os pido que crezcais en amor, en fe y en esperanza. Os pido que venereis el sobrenaturalismo en la historia, pero que no lo pongais al presente de rémora á la salvación social. Os pido que tomeis parte activa en la reorganización suprema que se está efectuando. Os pido en fin que os convirtais por el amor y el servicio de la Humanidad y para contribuír á hacer de París la metrópoli sagrada de la Tierra, que llegará á verse totalmente unida en gloriosa y eterna armonía.

Recibid una cordial salutación de vuestro servidor.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE
(Avenida Negrete, 7.)
Nacido en Valparaíso, el 28 de Enero de 1852

Santiago, 14 de Gutenberg de 107.
(26 de Agosto de 1895.)